

C

DON CAMILO

Gino Cervi

I

Fernandel

N

Director
DUVIVIER

E

Texto original
de GUARESCHI

M

EDICIONES PAULINAS. - Madrid

A

DEAR FILM del libro homónimo
de G. GUARESCHI



1550-1562

Leiden

1550-1562

1550-1562

DON CAMILO

DEL LIBRO HOMONIMO DE

G. GUARESCHI

ACTORES E INTERPRETES:

Don Camilo . . . FERNANDEL

Peppone . . . GINO CERVI

FRANCO INTERLENGHI - VERA TALQUI - SY LUIE



Dirección: JULIEN DUVIVIER

DEAR FILM

DON CAMILO

nao me homenho de
C. GARRAUCHI

acções e interesses

Don Camilo — FERNANDEZ
Popóone — CINDY CERDA

AVNC (LITERATURA, MÚSICA, ARTE)

Diretor: Hélio Dutra

DEAR KIM



1. Don Camilo está furibundo por aquella tribuna levantada frente a la iglesia.

DON CAMILO

NOVELA CINEMATOGRAFICA COMPLETA

SEGUN TEXTO ORIGINAL DE

G. GUARESCHI

En cierta parte del Valle del Po (Italia) hay un pueblecito singular, donde ocurren cosas muy extrañas, que no cabrían en ningún otro sitio del mundo.

A primera vista parece un pueblo como otro cualquiera, con su plaza rectangular y algo severa, con sus calles rectas y espaciosas, en las que el sol, incansable, calienta a sus vecinos la cabeza.

Pero escuchen y luego juzguen ustedes.

En el verano de 1946, inmediatamente después de la proclamación de la República, se convocaron elecciones municipales en toda Italia.

También hubo en aquel lugar gran cantidad de manifestos y de mítines con anterioridad a la lucha electoral. Y para continuar, precisamente su fama de estrambóticos, eligieron aquellos votantes, por gran mayoría, una administración roja.

El sillón presidencial del Ayuntamiento fué a



2. Los comunistas celebran su victoria en las elecciones municipales.

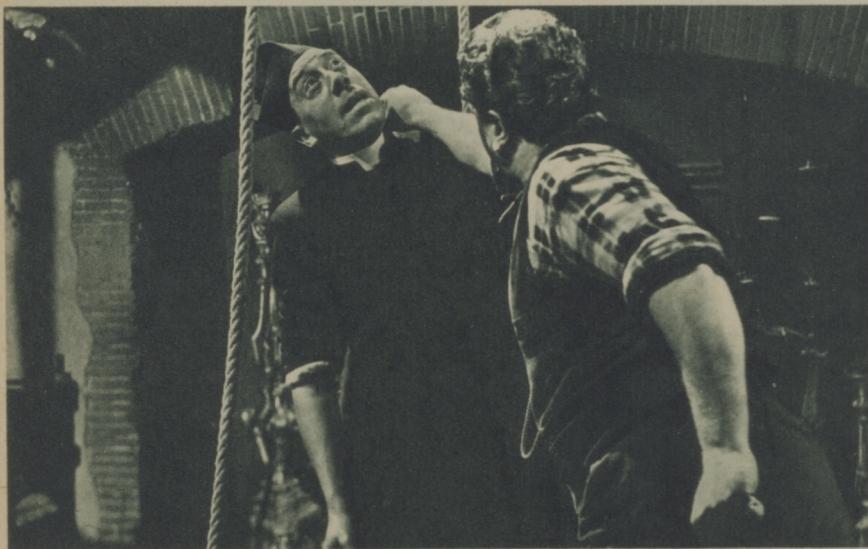


3. ...y aplauden a Peppone, el nuevo alcalde.



4. Don Camilo trata de interrumpir el mitin.

5. ...pero el nacimiento de un hijo del Alcalde viene en su ayuda aún mejor que las campanas.



6. En el cuarto del campanario Peppone y Don Camilo se pelean por causa del bautizo.



7. ...del hijo de Peppone, que terminará por llamarse Camilo Lenín.



ocuparlo Peppone, el jefe comunista local. El único representante de la oposición que había logrado un puesto de concejal era el abogado señor Spiletti.

Peppone, de pila José Botazzi, era un hombre inteligente y vivaz, de palabra fácil. A pesar de su tercer grado de enseñanza primaria o elemental, se veía en ocasiones apurado para el desempeño adecuado del cargo, y eso que estaba impregnado de bolchevismo, como si lo hubiesen tenido bañándose en un barril de minio durante una temporada completa.

Aquel día festejaban los rojos la victoria «democrática» de la democracia progresiva con el refuerzo valioso de un «federativo» enviado por el Buró provincial.

El nuevo alcalde, rebosando poder y arrogancia por todos los poros de su piel, desde la tribuna de las autoridades prometió a la ilustre concurrencia levantar cuanto antes una verdadera Casa del Pueblo, provista de cinematógrafo, de baile y de «otras iniciativas culturales».

El bendito arquitecto, de cuyo nombre no me acuerdo, que edificara la iglesia precisamente en la plaza principal del pueblo, no llegaría a imaginarse, ciertamente, los disgustos que iba a proporcionar al señor cura, don Camilo, un sacerdote nada pusilámineo, prototipo del que se precisaba en pueblo tan extraordinario.

Sea como fuere, el caso es que a nuestro buen párroco, mientras los camaradas continuaban sus discursos y aclamaciones, se lo comía la bilis.

Y por requerirlo así una población como aquella, fuera de lo corriente, postróse ante el santo Cristo, que lo miraba desde la cruz con afecto a un tiempo algo burlón y compasivo, y, quedándose agitadamente, le dijo:

—Decidme, Vos, Jesús mío, si puedo permitir uno de esos altavoces junto al templo parroquial. ¡Es un sacrilegio! ¡Un allanamiento de morada! ¡Yo me voy, si Vos me lo permitís, a ajustarles a esos las cuentas!

—No, Camilo—repuso el santo Cristo—; es el progreso. Tú te estás aquí. Esta es tu casa y puedes hacer en ella lo que quieras. Fuerza, no.

Todavía no había terminado el Señor de de-

cir esas palabras cuando ya iba corriendo don Camilo.

Lo volvemos a encontrar arriba, en el campanario. Ha dejado el fusil en un repecho y está haciendo resonar las voces bronceadas por todo aquel valle; aquella es su casa y puede tocar las campanas cuanto quiera.

Abajo, en la plaza, los hombres interrumpen su acto. Don Camilo los observa atentamente desde lo alto.

Ve que, de pronto, alguien se acerca a Peppone y le habla al oído.

El nuevo alcalde levanta los brazos al cielo («Ese la ha tomado conmigo», piensa don Camilo) y después se pone en marcha, seguido de todos los demás.

A don Camilo le asaltan dudas sobre la legalidad de su intromisión.

Sin embargo, empuña el mosquetón, que no le ha abandonado ni un solo instante en sus andanzas por el campo, ni siquiera durante la ocupación alemana, y espera que suba la marcia ululante.

Ya está pensando en el linchamiento a manos del populacho rojo enfurecido, cuando (y el santo Cristo de la cruz se sonríe) toda aquella gente enfila una calle y se aleja por ella.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente, que la mujer de Peppone tenía un recién nacido, otro «camarada».

En la plaza quedaban algunas «personas de orden» comentando el suceso, entre las que se encontraban la señora maestra del tiempo en que Peppone y don Camilo eran niños, la anciana doña Cristina, monárquica hasta los tuétanos, y Gina Filotti, hija de un propietario terrateniente de ideas burguesas. La chica, que había regresado del colegio, en donde estudiaba precisamente para maestra, saludaba a su antigua profesora, cuyo puesto en la escuela primaria del lugar pensaba ocupar algún día, porque la maestra que lo servía no era natural de allí.

Gina, chica despierta, era también agraciada, puede decirse que guapa; su permanencia en el colegio había estado rodeada de bellos ensueños por los recuerdos de Mariolino, un chico de la «Bruciata», heredad lindante con la de los Filotti.



10. La huelga general emorpece la vida de todo el pueblo y las mujeres se lamentan a Don Camilo.



11. Han colocado centinelas, entre los cuales está Mariolino, joven de lo «bruciato», enamorado de Gina Giotto.

12. Don Camilo, para ayudar a los vacas lecheras empieza a moverse al oscurecer.





34. «Se encuentra con Peppone que quiere detenerlo...»

A este Mariolino lo había visto ella, aun después de presentar sus respetos a doña Cristina, correr con los demás rojos detrás de Peppone, siendo el que llevaba la bandera del partido comunista.

El encuentro de ambos jóvenes quedó amargado, desde luego, por motivo de sus ideas políticas opuestas; se pusieron de morros, aunque sabían que el famoso boquete de la pared divisoria de sus propiedades les proporcionaría ocasiones de verse con frecuencia y por toda la vida.

Pero aquella tarde otra novedad sorprendente esperaba a los vecinos del lugar: sin saber cómo, había ardido la «Bicoca», un edificio abandonado desde hacía varios años.

Todos comentaban el suceso; pero el más intrigado era Peppone, que quiso acercarse para ver lo ocurrido.

También acudió a verlo don Camilo y de-

tuvo por un brazo al alcalde cuando comprobó que estaba decidido a entrar, y le dijo:

—Mire, no encontrará nada. El arsenal que tenían ustedes ahí se ha quemado—y sonriendo, al ver la cara de estupor de su rival, le detalló minuciosamente el inventario de las armas.

Un párroco que él solo y de noche hace desaparecer con un buen incendio el depósito de armas de los comunistas es algo que no se concibe en todas partes.

Don Camilo estaba muy satisfecho de su proeza, aunque no hablase de aquello con Jesús; se limitaba a frotarse las manos en la sacristía.

A la mañana siguiente recibió la visita de la esposa del alcalde, que, con el niño en brazos, iba para concertar todo lo relativo al bautizo.

Don Camilo la trató bien; pero cuando supo

que deseaba se le impusieran a la criaturita los nombres de Libre Antonio y Lenin, despachó con cajas destempladas a la madre y al hijo.

Aun le estaba riñendo el Señor por aquella acción tan poco ortodoxa, cuando se abrió la puerta y entró Peppone en persona con su niño.

—No me iré de aquí hasta que no haya bautizado a mi nene—dijo Peppone con aire pendenciero.

La discusión terminó con un *round* magnífico, que se desarrolló en el cuarto de las campanas, mientras el pequeño gimoteaba en un banco de la iglesia.

Vencedor: don Camilo.

Tal vez por eso, cuando se trató de imponer el nombre en la pila bautismal, Peppone no se atrevió a mencionar a Lenin y dijo:

—Libre Antonio Camilo.

Don Camilo, aunque estaba entregado de lleno a la importante ceremonia, se sintió conmovido.

—Bueno—dijo—; Camilo Lenin. Con un Camilo a su lado aquellos tipos no irán a ninguna parte.

La vida se deslizaba con bastante tranquilidad.

Los rojos habían establecido su periódico mural. Pero siempre que lo ponían, una mano misteriosa escribía: «Peppone es un burro.»

La cosa tenía contrapicados a los rojos, que no lograban descubrir al culpable.

Aquel misterio llevaba algún tiempo de existencia, cuando a Peppone se le ocurrió ir a confesarse.

Don Camilo no rechistó acerca del deseo de su amigo-enemigo.

Peppone, que no se había confesado desde 1918, tenía mucho que contar. Pero lo que más impresión le hizo a nuestro don Camilo fué oírle que en una noche oscura le había dado una paliza al señor cura de entonces.

Este pecado merecía una penitencia especial. Así es que, además del número acostumbrado de oraciones que rezar, el alcalde recibió un puntapié *ad hoc* por detrás de sus pantalones.

Cuando Peppone se hubo marchado reprendió severamente Jesús a don Camilo, recordándole, entre otras cosas, la mano oculta que escribía «Peppone es un burro.»

—No es culpa suya si, por tener que tra-

5. Pero lo devolvieron con el oficio de comisario distrital los vacas.





16. El y Don Camilo se cuidarán durante toda la noche de limpiar los establos y de dar pienso al ganado.

17. Don Camilo, tildado de cura corsario por comunistas de otras localidades, reacciona...



jar, fué poco tiempo a la escuela—le dijo Jesús.

Don Camilo ofreció hacer penitencia, a su vez, renunciando a medio cigarrillo.

Y, efectivamente, espízco el que le quedaba.

Pero Jesús iba más allá de lo que don Camilo suponía.

—Si quieres que la penitencia surta sus efectos, tira también los restos del cigarrillo—añadió el Señor—. Y, además, tendrás que corregir los escritos del periódico mural.

Don Camilo se vió, pues, obligado a presentar «al mal tiempo buena cara»; así es que cuando acudió Peppone con un pliego para su corrección, lo hizo de buen ánimo. Corrigió las faltas, y entre los trabajos que habrían de realizarse por cuenta del Ayuntamiento, añadió el de la reparación del campanario de la iglesia. Peppone no dejó de objetar la propuesta.

—¡Ah!—repuso muy serio el cura—, se trata de una cuestión de reglas gramaticales.

Cuando Peppone se fué con su escrito bien corregido, don Camilo se presentó a Jesús para recibir sus alabanzas.

—No has hecho más que cumplir con tu obligación. Pero, ¿de dónde has sacado ese cigarrillo?

En vano había tratado don Camilo de esconder la mano.

—Saben—dijo un poco confuso—que Peppone es partidario de la distribución de la riqueza. Y como tenía dos cigarros, le he tomado uno...

No habían transcurrido muchos días. Hallábase aquella mañana don Camilo trabajando en su huerto, cuando se le presentó Smilzo para invitar al señor cura párroco que fuese al acto de la tarde con la caldereta y el hisopo de las bendiciones.

Don Camilo no podía rehusar una invitación oficial. Y se presentó en el lugar indicado, en donde Peppone, muy ufano, se hallaba colocando la primera piedra para la Casa del Pueblo.

Don Camilo tuvo que bendecir, aunque de mala gana. Pero mientras pensaba entre sí de dónde habrían sacado el dinero para comenzar los trabajos.

De esa forma salió a relucir la faena del camión requisado a los alemanes y los diez millones que su venta había proporcionado a

los rojos, quienes, por el contrario, declararon a las autoridades de entonces que los alemanes se lo habían llevado otra vez.

Don Camilo deseaba mucho tener un Parque de Atracciones; tanto, que juzgó si no se habría presentado la ocasión de conseguir una buena parte de aquel dinero.

Tras un diálogo con los rojos, don Camilo consiguió que le diesen tres de los diez millones del camión.

«No he perdido el tiempo—pensó después—; ésta es la época de los curas activos.» Y tenía razón, indiscutiblemente.

*
* *

Que los sacerdotes debían ser activos lo demostró de tal manera, que nadie se atrevió a dirigirle las frases poco correctas que reservaban para los eclesiásticos los camaradas de aquella enrojecida contornada.

Aquel día iba don Camilo por la calle montado en su bicicleta, no muy propio, ciertamente, de su hábito sacerdotal. Los cafés estaban abarrotados por haber estallado la huelga general, que en vano había intentado impedir Peppone, con muy buen sentido práctico, ofreciendo tasar las tierras a razón de 1.000 liras la fanega.

Para reforzar las patrullas de vigilancia contra los esquiroles, habían acudido algunos camaradas de otras localidades.

—¡Ah!—gritó uno de ellos al aparecer don Camilo—, ¡un cura corsario!

La frase tuvo éxito, y la repitieron tanto, que don Camilo se paró, se acercó a los papagayos y, sin decir palabra, levantó una mesa enorme y la arrojó sobre los desdichados. Se armó un alboroto terrible; hubo puñetazos y cosas por el estilo. Total: 15 heridos.

Peppone se sintió ofendido y se fué a ver al obispo con gran ceremonia.

Su ilustrísima, persona angelical, aunque de clara inteligencia, les prometió que trasladaría al párroco. Pero ninguno quiso aceptar a otro que no fuese don Camilo, pues sólo él sabía



18. ...y descarga la mesa de zable sobre los desdichados: 15 heridos.



19. Los rojos bolcotean la procesión. Don Camilo va solo en silio con el Santo Cristo en sus brazos.

hacer frente a ciertos problemas y a ciertos individuos.

Entonces el señor obispo llamó a don Camilo e hizo que le contase lo sucedido con la mesa.

—Era una mesa como aquélla—respondió don Camilo a las preguntas, señalando la mesa de trabajo de su ilustrísima.

—¿Como aquélla?—repuso el señor obispo.—A ver, levántela usted—añadió

Don Camilo hubo de obedecer, y no sólo la levantó, sino que se vió obligado a lanzarla también a través de la sala.

Se produjo un estrépito colosal. La mesa estaba rota; un cuadro enorme había caído, haciéndose pedazos. A los que acudieron, asustados, les explicó, sonriendose, el señor obispo:

—He sido yo. Don Camilo me ha turbado... y entonces...

Don Camilo volvió a su casa bastante incomodado con los rojos. Estaba, además, muy cansado. Durante el día y la noche precedentes había permanecido encerrado en un establo en compañía de Peppone con un montón de papeles y... algunos cubos de leche.

Sucedía que la huelga, que se prolongaba demasiado tiempo, impedía hasta que los dueños sacasen las reses al pastoreo.

Las vacas lecheras mugían sin cesar, pues sus ubres estaban colmadas, los pesebres sin pienso y los compartimientos sucios. La llanura vibraba con sus voces roncas de una forma impresionante.

Don Camilo no había tomado, desde un principio, cartas en el asunto; pero luego, como todas las comadres del lugar le rogaron que interviniere de la forma que fuese, se decidió a ello por fin.

Tomó su fusil a escondidas para que el santo Cristo no le dijera nada—al menos, por el momento—y se dirigió al establo de los Filotti, en donde decenas y decenas de vacas esperaban la ayuda del hombre.

A mitad de camino, después de sortear la guardia armada, se encontró con Peppone. Aquellos animales, que se morirían al cabo de dos o tres días si no se ponía remedio adecuado, no se iban tampoco del pensamiento del alcalde. Pero ¿cómo proceder para salvar los animales sin perjudicar a los huelguistas?

Don Camilo lo sorprendió en estas reflexiones. A una orden de Peppone para que se detuviese si no quería que una bala pudiese atravesarlo, contestó:

—Bien sé yo que, por puercos que sean ustedes, no se atreverá Peppone a dispararme por la espalda.

Y prosiguió su camino. A Peppone no le quedó otro remedio que seguirlo hasta el establo, haciendo retirar, con un pretexto cualquiera, al centinela de aquel lugar.

Trabajaron toda la noche como negros, ordenando, llenando los pesebres y haciendo la limpieza.

Cansados y sudorosos estaban cuando el sol salió. Pero no podían salir si querían evitar las críticas. Y, además, estaba de por medio el honor de la huelga.

Mientras todo el pueblo se preguntaba dónde se habrían escondido el alcalde y el párroco del lugar, ambas autoridades se hallaban brindando con sendos jarros de leche en espera de la noche.

* * *

La huelga quiso Dios que terminara por aquellos días, y las cosas parecieron marchar mejor. Don Camilo tomó nuevas fuerzas y más vitalidad.

Propuso a Peppone la celebración de un partido de balompié entre el equipo del oratorio, «Gallardía», y el del partido comunista, «Dínamo».

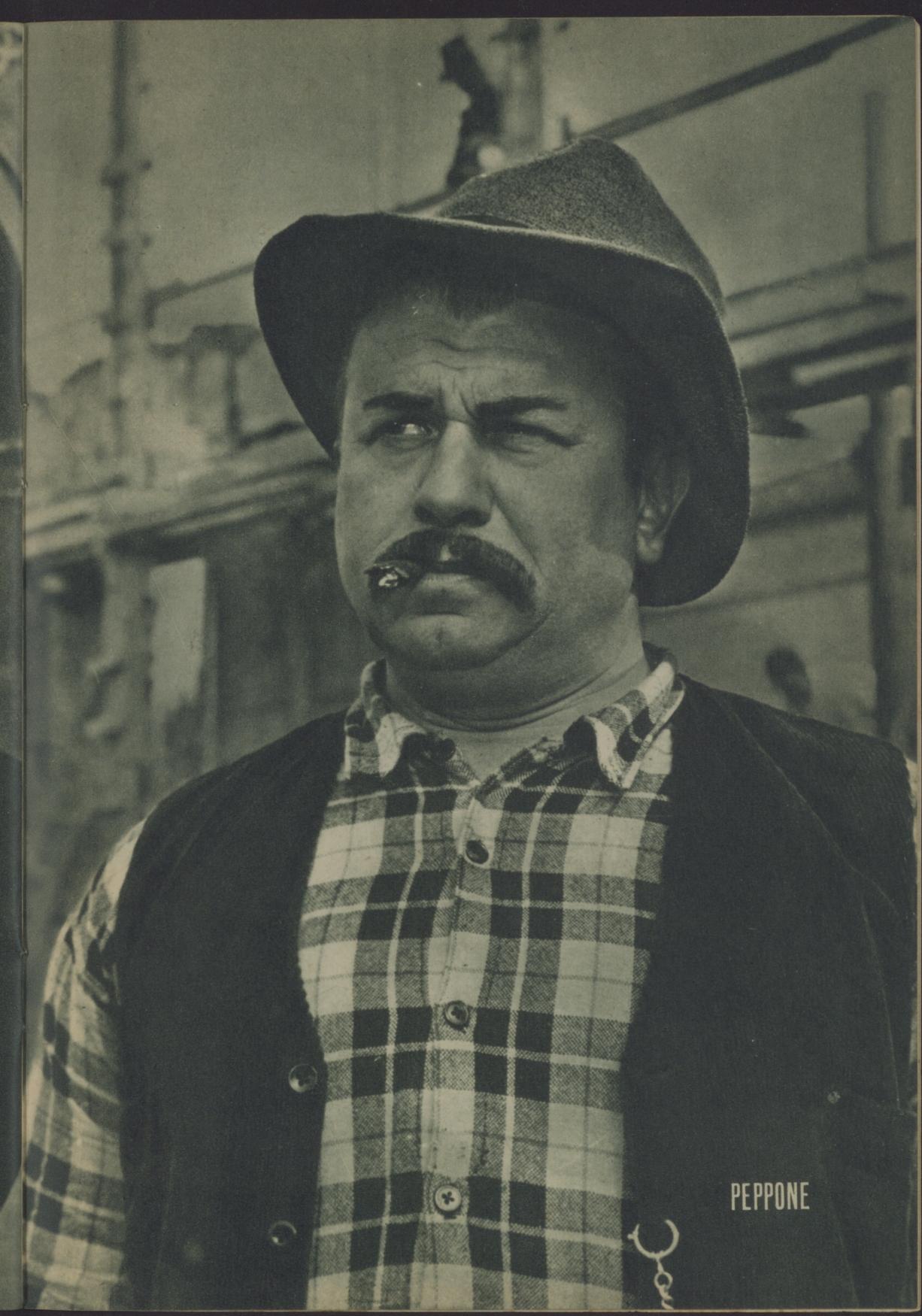
En realidad, se trataba de una especie de truco de propaganda ideado por don Camilo, que empezaba de ese modo a llamar la atención de sus feligreses sobre las organizaciones que estaba realizando con los tres millones que había birlado a Peppone.

—Sí, sí—le dijo éste, que había comprendido—; inauguran ustedes el Parque de Atracciones a plazos.

Como fuese, acordaron que se celebraría el encuentro. Pero las relaciones entre los rojos y don Camilo andaban tirantes.



DON CAMILO

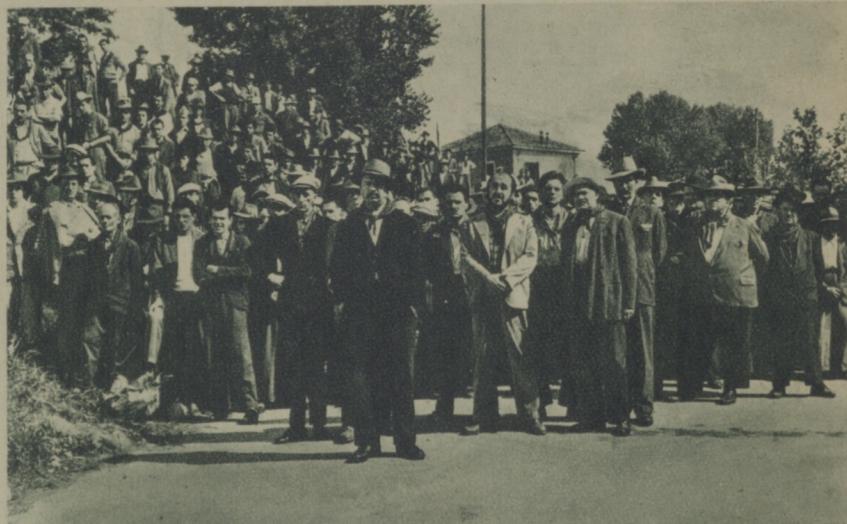


PEPPONE





20. Un perro sigue al
Santo Cristo para
vergüenza de los
hombres cobardes.



21. Allá abajo, frente al
Sr. Cura, esperan, tor-
vos, los comunistas.



22. Sin embargo, ellos, y
el pueblo entero, se-
guirán al Redentor.

23. Efectivamente, Pepone ha terminado descubriendo ante Jesús.



24. Muere Doña Cristina, la señora maestra; quería ser envolviese con la antigua bandera italiana. Se discute en una sesión a la que asiste Don Camilo.

25. La Corporación municipal es contraria. Pero Peppone, de muy buen fondo, consigue se complazca a la difunta.





26. El alcalde comunista agarra del féretro cubierto con la bandera de la Casa de Saboya.

27. El Sr. Obispo manda a Don Camilo a descansar. Nadie acude a despedirlo.



Bien se vió el día de la procesión: los camaradas habían hecho saber a todos que aparecerían a quien fuese detrás de la cruz hasta el río.

Cualquier otro párroco habría desistido de la empresa.

Pero don Camilo salió de la iglesia, desierta, con el santo Cristo en sus brazos; un perro se acercó y lo seguía.

—No lo despaches—dijo Jesús a don Camilo—; así no podrá decir Peppone que a la procesión no había acudido ni siquiera un perro.

Don Camilo se encaminó por las calles de la población; allá abajo, donde las casas terminaban, estaba esperando toda la multitud.

Los rojos formaban una barrera en primera fila para impedir que pudiese nadie seguir a don Camilo. En cierto sitio, don Camilo tropezó con todo el partido comunista frente a él.

Una muralla granítica.

Aquel era precisamente el momento cumbre, el instante en que vencería el prestigio del más fuerte. Don Camilo no era de los que vacilan.

—Teneos de pie—susurró al santo Cristo, y bajó hasta el suelo la cruz como si fuese un arma.

Como por encanto, se abrió un pasillo y la procesión se formó, con Peppone a la cabeza.

Sí que dijo el alcalde que se descubría por Aquel de arriba, no por el párroco; pero era evidente que don Camilo había ganado aquella batalla, que él solo sostenía en silencio desde hacía varios años contra los rojos, aun uniéndole una especial y secreta amistad con Peppone, con quien había compartido los años de la infancia, la trinchera y la rivalidad del lugar aquél.

*
* *

Se encontraba muy tranquilamente don Camilo en la sacristía aquella noche, cuando lo reclamaron unos golpecitos a la puerta.

Era Gina, que iba a pedirle ayuda. Ella y Mariolino, aunque continuaban enemistados, ha-

bían proseguido los coloquios de su niñez a través del boquete abierto en la pared divisoria, hasta que de la amistad había brotado el amor. Querían casarse; pero como los respectivos padres—los de la «Bruciata», que eran los de Mariolino, y los Filotti, de Gina—no querían saber absolutamente nada del asunto—los dos viejos se injuriaban cada vez que se veían—, ellos dos se habían escapado.

Y allí estaban—pues también había asomado su cabeza Mariolino—, y querían casarse acto seguido.

Don Camilo les dijo que no podía ser, y más siendo Gina menor de edad. Mariolino disparó algunos improperios al cura reaccionario y se llevó a Gina, dejando bastante inquieto a don Camilo.

Los dos jóvenes se dirigieron a casa del alcalde, pero tampoco los recibió mejor. También se alejaron de allí murmurando amenazas.

Pasadas unas horas, la mujer de Peppone le hizo ver que los dos novios podían cometer la torpeza de suicidarse, y, muy preocupado, el alcalde convocó con urgencia a los de la «Bruciata», que eran todos comunistas, y se dirigieron con linternas hacia el río.

La pareja de los jóvenes se encontró entre dos fuegos: por una parte, Peppone y los suyos; por la otra, don Camilo, llamado por la madre de Gina, que se encontró con una carta de despedida.

A don Camilo le seguía toda la familia Filotti, y apenas se vieron los dos grupos, en vez de congratularse por haber encontrado a los dos chicos, comenzaron a insultarse en todos los tonos imaginables.

Don Camilo sabía que todo aquel odio lo fomentaba un antiguo rencor entre los dos viejos, y como éstos dijeron que querían apalearse, ordenó a todos los demás que los dejaran pegarse cuanto les viniere en gana y no amargasen en lo sucesivo el porvenir de los demás.

El casamiento fué decidido unos días después; pero Mariolino salió señalado del partido de balompié que se había jugado el domingo entre el «Gallardía» y el «Dinamo» ante el pueblo entero (perdieron los del «Gallardía» porque el árbitro—que, por otra parte, tuvo que refugiarse en la iglesia para librarse del furor



28. Se dirige a la estación
triste y cabizbajo. Los
rojos han prohibido a
los vecinos el acto de
despedida.



29. Pero los feligreses han acu-
dido a la siguiente estación
donde se detiene el tren y
Don Camilo recibe muchos
paquetes y saludos a mi-
mores.



del pueblo—había recibido 2.500 liras de Peppone y sólo 2.000 de don Camilo).

Pero un luto afectó a todos de verdad. La antigua maestra doña Cristina, que en los últimos meses había tenido que repasarles las cuentas a los de la Corporación municipal para que pudieran entenderse, había fallecido.

En las últimas horas de su vida había llamado, primeramente, a don Camilo, con quien se confesó, manifestándole que ningún pecado le remordía la conciencia, y luego a Peppone, a quien perdonó las ranas que de pequeño había llevado a la escuela.

El último deseo de doña Cristina fué que no asistiera a su entierro el coche fúnebre y que envolvieran su ataúd con «su» bandera, la que ostentaba el escudo del rey, a quien los desalmados y sin Dios habían enviado a una isla desierta. Así lo tenía pensado desde varios años anteriores.

Peppone expuso el asunto a la Corporación municipal, y ésta se opuso a lo de la bandera con el escudo real. Pero el antiguo escolar no había perdido el respeto hacia su maestra y dijo que quienes mandaban allí eran los comunistas y que él, no ya como alcalde, sino como jefe y cabeza de los comunistas, determinaba que doña Cristina tendría su bandera.

Y así fué, en efecto.

*
* *

Se aproximaba el día de la inauguración de la Casa del Pueblo; pero don Camilo tampoco se había dormido.

Así, sucedió que las dos obras estuvieron terminadas para inaugurarse el mismo domingo.

Don Camilo había invitado al señor obispo. El estado mayor de Peppone estaba al corriente del asunto.

El día fatídico, un camión, con una avería simulada, quedó situado en medio de la carretera para detener irremediablemente el auto del obispo.

Y éste, debiendo dar la vuelta por otros ca-

minos, perdería el tiempo preciso para que fuese inaugurada primeramente la Casa del Pueblo.

Pero Peppone no había tenido en cuenta la afabilidad de su ilustrísima. Mientras uno de sus camaradas no pudo resistirse a la delicadeza de abrir la portezuela del auto episcopal, Peppone vióse saludado con cordialidad, y sin darle tiempo de pronunciar palabra, tomóle del brazo el señor obispo, que, sin permitirle disculparse, hizo que le acompañara hasta el Parque de Atracciones.

Los compañeros del jefe comunista llegaron a pie, despacio, como en procesión, detrás de ellos.

Y Peppone hubo de ver a su hijo Marco dar la bienvenida al señor obispo, pronunciando una breve poesía y ofreciéndole un ramo de flores; en el rostro del alcalde comunista se dibujó una sonrisa oculta de complacencia instintiva.

Tanta gentileza merecía un premio, y su ilustrísima abandonó cassetas y guñoles para irse a visitar nada menos que la Casa del Pueblo. ¡No es para figurarse la cara que pondrán los camaradas!

Pero aquel viejecito tan menudo y, no obstante, de gran autoridad terminó haciendo aplaudir.

Don Camilo esperaba.

Por la noche, la alegría era general. Hasta el señor Filotti y el señor de la «Bruciata» terminaron saludándose.

La única sombra de la jornada eran los moñigotes del tiro al blanco. Don Camilo se vió bien representado en la caseta. Nadie se atrevió a disparar sobre su efigie de madera.

Pero Peppone tenía dentro de sí todo el amargor de la mañana para desahogar: disparó él, mirando al modelo—don Camilo—con ironía.

Mas no permitió Jesús, desde la cruz de la iglesia, que su siervo fuese vilipendiado y enclovado la charnela del muñeco.

Todo parecía haber terminado allí, tras el gozo general, incluidos Mariolino y Gina, cuando, por efecto del vino, se excitaron de nuevo las pasiones y se desbordaron.

El señor obispo vió a don Camilo volver a la sacristía malparado y sudoroso. El anciano prelado no dijo nada, pero poco después man-

31. Un último apretón de manos, sella una amistad que los diversos colores no pueden aplastar en el corazón de los hombres.



daba al párroco de aquel pueblecito tan singular a tomarse un merecido descanso.

El día de su marcha, como aquél de la procesión, el pueblo estaba solo. Nadie se atrevió a ir para saludar al párroco.

Unas lágrimas de amargura se deslizaban por los ojos de don Camilo cuando el tren se puso en marcha.

Pero en la primera parada, una gran cantidad de paquetes, estrechones de mano, saludos y adioses confortaron el espíritu del pobre hombre.

El tren arrancó de nuevo. Don Camilo estaba casi satisfecho, pero no se le iba Peppone del pensamiento.

El amigo-enemigo no había dado señales de vida.

Y entonces, una nueva sorpresa. En la segunda parada, la última del término municipal, todo el partido comunista de la localidad, con Peppone a la cabeza, estaba esperándolo para ofrecerle un saludo que superaba las ideologías y unía a los hombres.

FIN

CINE ALBUMS

John C. Adams
Editor
KODAK
THE PRINTING & THE MINERVA
THE GRAN CARBON
THE PAPER SERIES N.Y.

John C. Adams
Editor
KODAK
THE PRINTING & THE MINERVA
THE GRAN CARBON
THE PAPER SERIES N.Y.

John C. Adams
Editor
KODAK
THE PRINTING & THE MINERVA
THE GRAN CARBON
THE PAPER SERIES N.Y.

Cine albums



CINE ALBUMS

DON CAMILO
TERESA
KIM
EL PRINCIPE Y EL MENDIGO
EL GRAN CARUSO
EL PADRE DE LA NOVIA



En Prensa:

MUJERCITAS
EL PADRE ES ABUELO
CAPITANES INTREPIDOS
ADIOS, SEÑORA MINIVER
LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS

Carretas, 12 (Pasaje Paz)

MADRID